

la conservación

Hay fotos que nunca desearía hacer. Cuando me avisaron que estaban derribando encinas para construir una autovía pensé que mi obligación era ir a fotografiarlas, aunque me doliera ver como doscientos o trescientos años de lento y sabio crecimiento habían sido arrancados de cuajo. Hay fotos que nunca quiero volver a hacer.

Fernando Durán





la conservación

Mentiríamos, por decir verdades a medias, si este libro, que glorifica y ensalza nuestras dehesas, se cerrase sin anotar los problemas que padece. Porque no corren buenos tiempos para mantener sistemas que necesiten del tiempo y del espacio. Más bien se impone la prisa y acotar los territorios. Pero no por vivir más rápido se vive más o mejor y alterar los procesos naturales suele traer nefastas consecuencias. De ahí se derivan las amenazas al entorno, pero también a nosotros mismos. Habría que saborear el tiempo, degustar la vida. En ello el campo extremeño nos puede enseñar mucho, tenemos que contemplar las dehesas.

Erradicada, por fin, la injusticia social que no hace mucho acompañaba a las inmensas manchas adehesadas, es el momento de valorarlas en su justa medida. Mantener, y, en su caso, mejorar la dehesa es tarea que nuestras generaciones tienen el deber inexcusable de cumplir. No en vano este ecosistema genera la admiración y envidia de medio mundo y de toda Europa.

Desde mediados del siglo XX hasta aquí se ha perdido más de la mitad de la superficie de pastos arbolados en Extremadura y su riqueza natural está mermando, al tiempo que se incrementa la dependencia de piensos para la ganadería. Los tremendos arranques de encinas del siglo pasado degradaron la dehesa y, aún hoy, las talas para infraestructuras poco o mal diseñadas aumentan su destrucción.

Macroproyectos desarrollistas, de dudosa rentabilidad económica o claramente contrarios al desarrollo sostenible, agreden al natural orden de las cosas y a la gente de nuestra región. La presa de Alqueva ha supuesto la mayor destrucción de dehesa de nuestros días. Miles de encinas bajo las aguas y millones de toneladas de venenos al aire y al suelo.

Las excesivas cargas ganaderas, el hacha y el fuego consiguieron que topónimos populares - dehesas boyales, dehesas comunales - hayan dejado de tener sentido. Los usos tradicionales son los mantenedores de nuestras dehesas,

la relación que une cultura y arbolado. Abierto está un eslabón que, de romperse, provocaría la definitiva divergencia, el desencuentro final de hombre y naturaleza en el sistema agrícola y ganadero más ecológico.

La natural abundancia de vida, eso que llaman biodiversidad, y la libertad salvaje de los animales está siendo refrenada en su ímpetu vital por fronteras alambradas. ¡Le están poniendo puertas al campo!

No es menos preocupante la decrepitud que presentan algunas dehesas, sin renuevos que aseguren el futuro, aunque sea condicional, del más característico de nuestros ecosistemas. O la tristeza que acaba por asentarse en las hojas y ramas de los centenarios árboles hasta consumir el daño en "la seca de las encinas". O el odiado fuego veraniego que, implacable, consume cada año miles de pies que no pueden correr, troncos y ramas que atesoran el carbono sintetizado durante siglos.

Pero, por suerte, somos los pobladores de esta acogedora tierra los que tenemos la obligación de conservar los paraísos. Semillas y corduras de hombres y mujeres que, uno a uno o en comunidad, podemos cambiar el rumbo, manteniendo lo que funciona naturalmente y cambiando las distorsiones, actuando de buena fe y exigiendo a quien decide.

CEFNA



Lobo ibérico

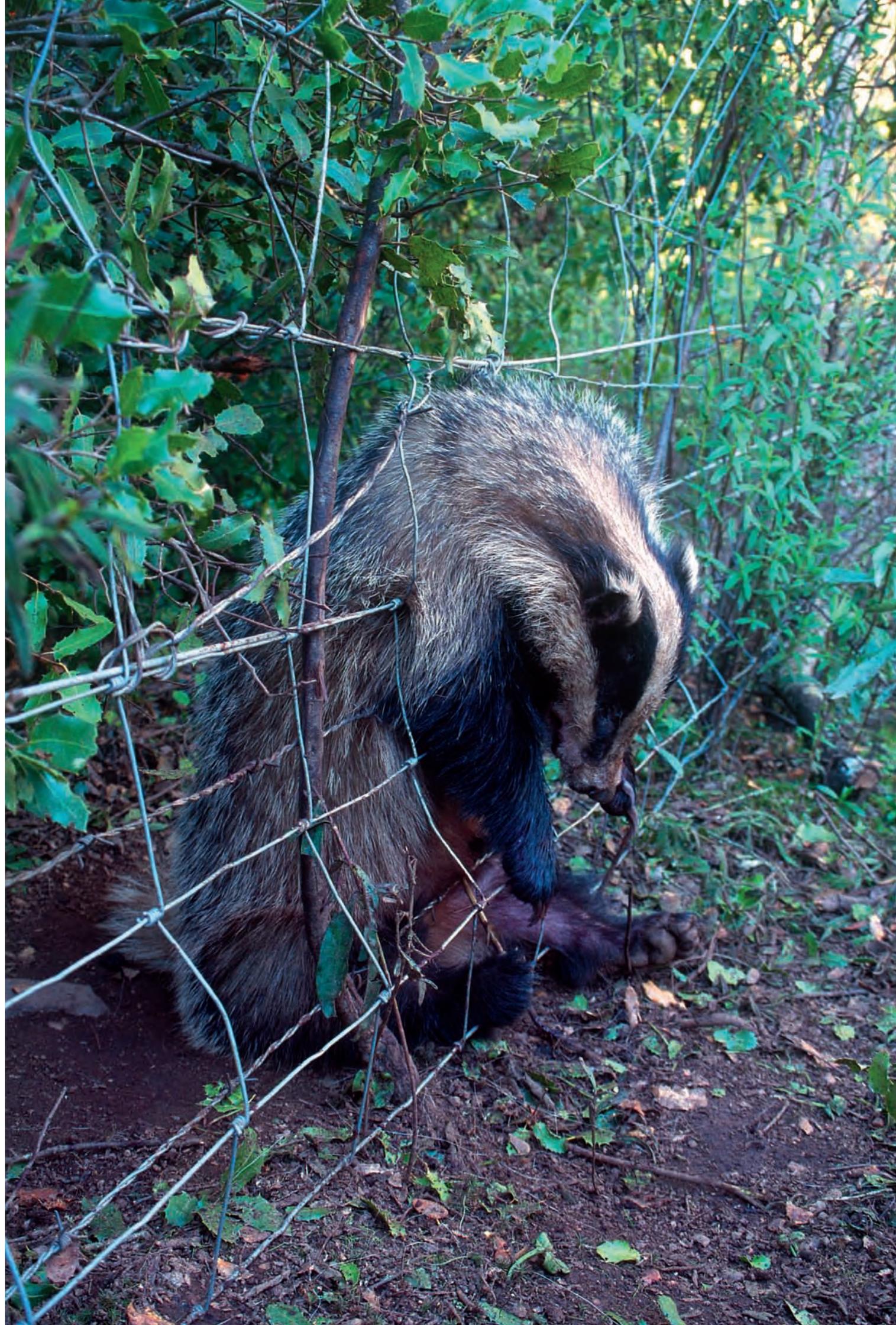
Un halo de misterio invadía la Sierra de San Pedro cuando el lobo la habitaba.
Desgraciadamente a principios de los noventa desapareció debido a la presión humana.

Juan Pablo Prieto

Tejón atrapado

Frente a los tradicionales vallados de piedra hoy las dehesas son divididas por insensibles alambradas cínégéticas que impiden el paso libre de la fauna silvestre.

José María Benítez





La seca

La tristeza acaba por asentarse en las hojas y ramas de los centenarios árboles hasta consumir el daño en “La seca de las encinas”.

Jesús Calleja



Repoblación

Somos los pobladores de esta acogedora los que debemos conservar los paraísos.
Semillas y corduras de hombres y mujeres que podemos cambiar el rumbo, manteniendo
lo que funciona y cambiando las distorsiones.

José Elías Rodríguez



Entresaca de encinas. Berzocana

Nuestras dehesas, todavía abundantes, están sometidas a múltiples amenazas que reducen, sin cesar, su área y calidad. Antes de decidir si está o no justificado talar una vieja encina, es necesario saber si tenemos derecho a terminar, en pocos minutos, con un árbol centenario.

Pedro Holgado

Encina entre poste de tendido

Cada año compruebo como la encina va creciendo dentro de la torre. ¿Armonía?, ¿Trasgresión?, ¿Acabarán arrancando al árbol? Espero que este abrazo no sea mortal y permanezca como ejemplo del equilibrio que debe regir la relación progreso-Naturaleza.

Sebastián Martín Ruano





Curso de fotografía

A estos aspirantes a fotógrafos de naturaleza les enseño a familiarizarse con el manejo de la cámara, sus objetivos y las técnicas necesarias para la realización de una fotografía. El lento y progresivo aprendizaje de esas técnicas fotográficas quedará, con mejor o peor fortuna reflejado en sus futuros trabajos. Para que surja una imagen con una mínima calidad exigible solo será necesario conjugar técnica, constancia y realizar muchas fotografías. Ahora ya solo queda que cada uno se marque su propia meta.



Territorio para educar

La dehesa es un territorio que estimula los sentidos. Disfrutar de los intensos aromas y multitud de sonidos de la primavera; dejarse acariciar por la suave luz de los atardeceres otoñales, o sentir el ambiente de las mañanas escarchadas del invierno, son algunas de las muchas sensaciones con las que te puedes ver gratificado.

Y a la vez, la dehesa es un gran aula al aire libre que contiene un ingente material didáctico, aportado por los miles de alcornocques y encinas y por la variedad de seres vivos que estos acogen.



Educación Ambiental

Nada más educativo en nuestra tierra que llevar niños y niñas a plantar encinas. Se aprende sobre el bosque vivo y mágico, se ama lo que se visita, ... se palpa la tierra. Pero, sobre todo, se adquieren actitudes e implicaciones en la defensa de un ecosistema amenazado. Los pequeños compromisos de hoy pueden ser las importantes decisiones de mañana.

Sebastián Martín Ruano.



La fiesta del tuero

Cada 15 de agosto se trae el tuero a Aldea del Cano. Esta gran encina será quemada la Nochebuena. Una ancestral fiesta con múltiples lecturas: un rito que nos lleva a los pueblos prerromanos en la misma Vía de la Plata, una fiesta de respeto al árbol, una crueldad hacia el reino vegetal, una ceremonia de iniciación, una seña de identidad...

Para conocer los acontecimientos hay que enmarcarlos en su contexto, visitarlos, compartir con los protagonistas y estudiarlos antes de sacar consecuencias apresuradas.



Encina ardiendo

Un alma de hielo prendió su corazón de fuego.

Pepe Antolín



Inundación

Envueltos en la niebla aparecen los troncos fantasmagóricos de encina que se reflejan en la lámina de agua. El agua, que les proporciono la vida, ahora embalsada se la quita: con la transformación del medio la naturaleza una vez más paga su tributo. A pesar de la sugerente belleza que proporciona la imagen, siempre es doloroso la realización de fotos de este tipo.

José A. Marcos